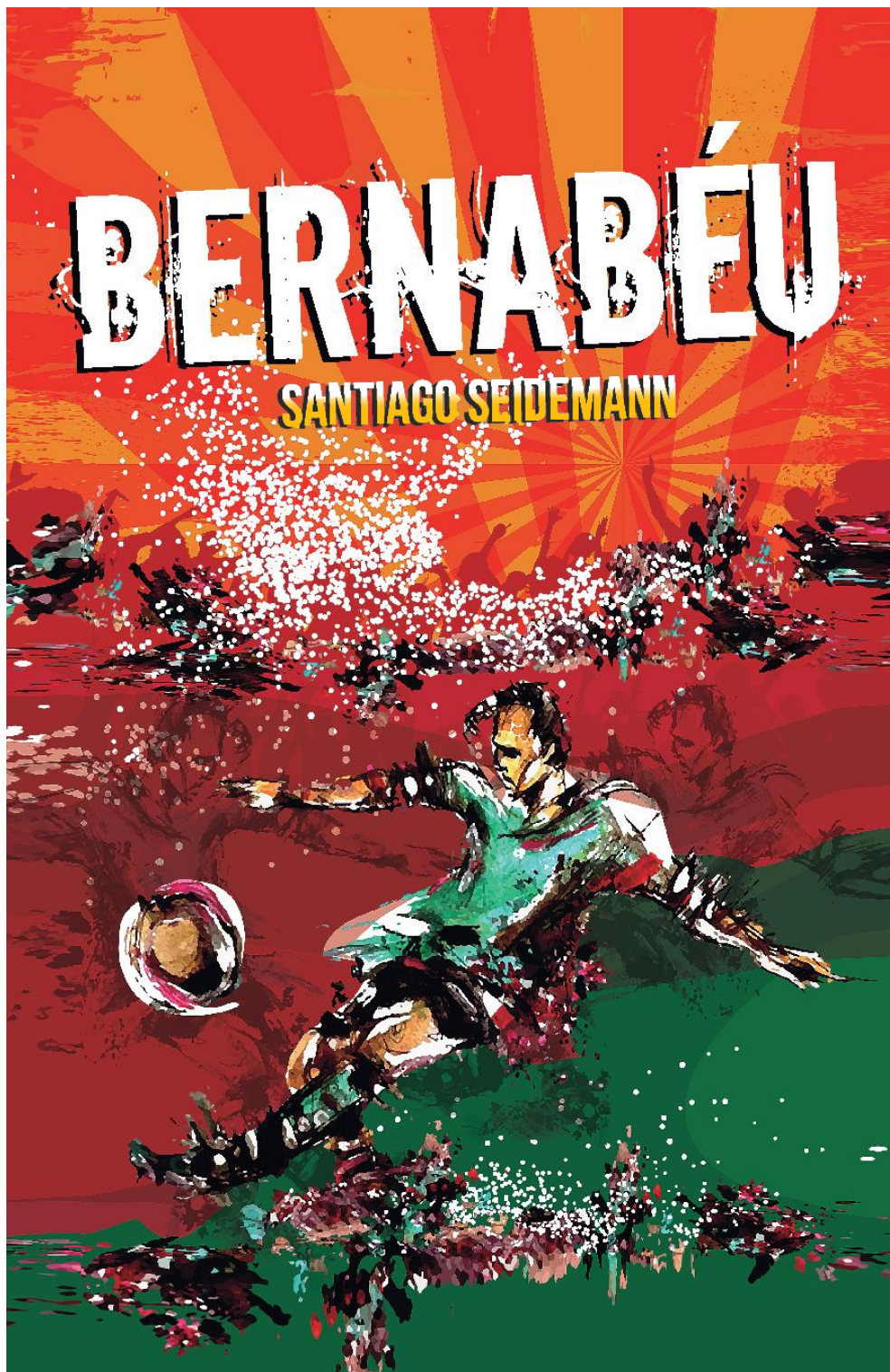


Bernabéu

Santiago Seidemann



Capítulo 1

Reseña

“Bernabéu”, un inusual goleador de barrio y su lucha por llegar al fútbol español, diez años antes que Zamorano, en medio de la intervención militar en todas las esferas de la sociedad chilena y con empresarios deportivos dispuestos a cualquier cosa por maximizar sus ganancias. El arquetipo del viaje del héroe, desde la cancha de tierra hasta el esplendor del balompié internacional, sirve de tejido para contar una ficción, bastante cercana a la realidad, que transita por múltiples parajes y texturas, desde la comedia hasta las profundas emociones y conflictos de los protagonistas, dentro y fuera del campo de juego.

Capítulo I

La pelota empapada golpea contra el parietal izquierdo y sacude mucho más que la cabeza. Vuela en el tiempo con la fuerza de un rechazo desesperado remontando el campo de juego. Revive el tío Bernardo, cayendo al canal pedregoso que separa vereda y calle, aturdido nuevamente por el pipeño. Su cráneo fracturándose como un tronco bajo el hacha diestra. El abuelo pelirrojo y encorvado, a duras penas lo levanta, intentando limpiarle la cara con el escaso chorro de agua turbia. La sangre escurre densa por los pómulos y la barba hasta el pecho. La sucia camisa celeste se torna concho vino. Su vergüenza, ante el coro de intrusos, se confunde con el horror de anticipar la muerte del menor de sus hijos, el único que queda en casa. Le duele todavía más sentir que está hastiado, demasiado hastiado, de buscarlo madrugada tras madrugada por clandestinos infectos, cargarlo hasta la leñera y amarrarlo para que no se dañe cuando acabe la embriaguez y se venga el delirio.

Lo mira en la agonía y llora el anciano como un niño, pues nada queda de ese muchacho voluntarioso que recogía copihues del cerro, esquivando perros y guardias, cual zorro invisible, para regalarlos con sonrisa inocente y ojos de fuego a las chicas después de misa.

Nunca supo Bernabéu qué pasó entremedio, qué fue lo que le quitó la cordura a su tío y lo sumergió en el alcohol apenas cumplir los veinte años.

Pero lo que gustaba recordar Bernabéu era otra cosa, era el golpe certero a pie desnudo sobre el tosco balón que incrustaba desde muy lejos dentro del cubo de madera que servía para trasladar la comida de los cerdos. No sabía qué tan pequeño era la primera vez que lo vio hacer eso, pero desde ese minuto se convirtió en su héroe y no se apartó de él hasta el día de su trágica muerte.

Su amor por el fútbol se lo debía y la decisión de llevar esa pasión al límite se encendía con su memoria como una pira y como un emblema.

Su mente cruza enseguida la puerta del almacén pintada de rojo y amarillo que atiende don Jacinto. Resuena el golpeteo frenético del español espantando las moscas, intentando proteger los quesos llegados la noche anterior desde los campos cercanos

— ¿Qué queréis de nuevo? ¡Ya te he regalado nubes tres veces! ¡No molestes más, niño! Si sigues así quedarás más redondo que tu balón. ¡Noooo...! no lo dejes sobre el mesón, chico ¿Qué crees qué haces con esa suciedad? ¡Eh, pero no pongas esa cara de cordero, ahí te va otra bolsa, será la última de esta semana! Espero si algún día eres el primer chileno en el Bernabéu, me brindes una celebración, levantando el brazo al cielo y una rodilla al pasto como un bravo torero, porque ya no estaré en esta tierra.

Pasaron muchos años y entonces llegó a comprender lo que significaba ese extraño nombre, pero igual lo comenzó a repetir mecánicamente desde ese mismo día.

— ¡Gooooool Bernabéu, goooool Bernabéu...!

Lo hacía cada vez que anotaba en las pichangas de la escuela y de la calle, al punto que pasó a ser conocido como Bernabéu para siempre. Los escasos hinchas visitantes gritan extasiados el gol de cabeza de su figura que les otorga ventaja irremontable ante el Cruceros del Sur. La ansiada Recopa está a solo cinco minutos eternos. Años de frustraciones y vergüenzas a punto de terminar gracias a la habilidad formidable de este chico, “hijo de todos”, según les gustaba decir. Se había criado más en la escuela, en las casas de cualquier vecina que saciara su hambre, en la precaria sede del club, escuchando las distorsionadas historias de antiguas glorias del equipo que, en su propio hogar, frecuentemente vacío. Los compañeros celebran junto al córner derecho, cerca de la reducida barra. De pronto se dan cuenta que Bernabéu sigue tirado en el suelo, embarrado, con la cara en el maicillo, inmóvil.

— ¡Levántate, maricón, tai' puro haciendo tiempo! No salen vivos si perdemos.

La amenaza de los rivales es cierta pero inútil, quedan cuatro minutos y los locales van abajo cero a dos. Su equipo lo rodea, sin saber si de verdad está simulando, porque él no es de hacer esas cosas.

— ¿Qué te pasa, hueón?, no hay pa' que, tamo' listo, ¡Arriba! —Le dice el capitán, el mayor, el más fiero de todos.

— ¡Acuérdate que están los del Colonia mirándote, van a pensar estos viejos de mierda que eres un cagón! No pierdas la oportunidad. Te la ganaste. ¡Los boletos a Santiago están en tu bolsillo! ¡Párate chuchetumaire!

Bernabéu ni lo escucha, simplemente vuelve de su viaje y retoma el juego sin saber que han pasado varios minutos desde que marcó en el arco rival.

El escaso tiempo que resta transcurre demasiado lento. Sus compañeros lo escoltan del hostigamiento alevoso. El capitán indica, con autoridad irrefutable, que no celebrarán, que se irán en forma discreta porque la vida está en riesgo y no es una metáfora. Los jugadores y la

hinchada del Cruceros no van a tolerar que festejen en su reducto y esperan la mínima incitación para desatar la arremetida y los del Renacer son muy pocos en ese venturoso día.

Don Sixto lleva buen rato cargando el bus con la utilería. Lo ayuda el cojo Robinson, el aguatero de siempre. Transpiran visiblemente por el esfuerzo con los bultos mojados, por la ansiedad del resultado y el temor de la incierta retirada del barrio que doblegan en las redes. Besa con disimulo el capó sobre el motor de su antigua máquina Ford, rogándole que no les falle como en otros viajes, porque esta vez sería suicida, como subirse solos a una trampa de la que no tendrían escapatoria. Se imagina a todo el plantel impotente, desparramados en el pasillo unos sobre otros, intentando protegerse de los peñascos y los vidrios que son pulverizados por la poblada hasta que alguien lanza una molotov para obligarlos a bajar y completar la masacre.

El árbitro rehuye dar el pitazo final, pero no le queda otra porque ya ha otorgado el doble de descuentos. Resiente las amenazas de los perdedores que exigen se juegue hasta lograr el empate que les devuelve la copa. En tono casi inaudible hace sonar su silbato y cruza sus brazos como aspas sobre la cabeza. Renacer Unidos es el nuevo campeón intercomunal. Al instante lanza una carrera y se esconde tras los dirigentes de la asociación, quienes apenas disimulan su preocupación por este resultado imprevisto. En realidad, ellos vinieron a sumarse a la acostumbrada celebración de los locales, pero perciben que el olor a carbón y chorizos apenas ya ni se siente, en cambio se impregna el aire de violencia, venganza y de miedo animal.

A un costado una mesa de escuela sin mantel porta la copa desnuda, sin cintas, sin medallas, como una novia desvestida y desechada en el altar. El capitán ganador mantiene a su equipo apiñado cerca del bus, sin permitirles movimiento alguno, la situación es explosiva y esperan la señal de algún dirigente que se acerque a entregarles el trofeo, pero ninguno tiene la valentía o la dignidad. Fueron invitados por los dueños de casa a otra cosa, a una fiesta que incluye comida y vino a destajo y otros placeres carnales, las cosas salían a pedir de boca como en años anteriores. A pesar de que son viejos zorros, curtidos por mil batallas en canchas hostiles, simplemente no van a arriesgar su pellejo por un club que nadie conoce. Se miran unos a otros y nadie da el paso. La hinchada derrotada comienza a cerrar el círculo en torno a la copa, queda poco margen para que la situación se desborde irremediablemente.

El cielo que había lanzado agua intermitente durante el partido parece querer iluminar la hora postrera de ese sábado de furia. El sol retorna tímidamente. Bernabéu recuerda las tardes de playa junto al río, jugando a la pelota en la arena con su tío. Levanta la vista y le ruega que lo saque de esta, que no lo deje a merced de la turba porque no podrá cumplirle la promesa. El goleador recobra su tranquilidad y le esboza una sonrisa cómplice al capitán, quien no entiende la osadía del menor y lo fulmina de vuelta con un duro movimiento de cejas. De un segundo a otro, el cielo se cierra, se viene una penumbra inexplicable. Comienza a

llover de manera inmisericorde, retumban truenos y relámpagos, estallan granizos del porte de avellanas. Nada ni nadie escapa al castigo de las nubes, salvo la copa que reluce iluminada por un rayo dorado y permanece seca y brillante como guarecida en una invisible bóveda de cristal. Los rivales y vecinos comienzan a replegarse, el barro va en aumento y las pozas amenazan con cortarles la ruta a casa, pero no desisten. Exigen igual que los vencedores tengan la hombría de tomar la copa y escapar. Bernabéu sabe que ha llegado su minuto. Mira a sus compañeros buscando aprobación. Camina lentamente hasta la mesa, abraza la copa y la ofrece primero a su tío Bernardo que siente lo observa desde el más allá. Vuelve con los suyos y juntos retroceden espalda con espalda hasta el vehículo, sin hacer el mínimo aspaviento. Los pocos contrarios que quedan, ya no tienen la misma hambre de batalla. Lo sucedido les regala la excusa perfecta. El triunfo era imposible cuando el rival cuenta con un jugador sobrenatural. Resignados dejan que el vehículo se retire a duras penas porque las ruedas se han enterrado en el suelo reblandecido. Unas horas después llegan a sus casas, extasiados en la ruda gloria de los barrios, en la gloria simple de los campeones eternos.

Capítulo III

El lunes encuentra al pueblo envuelto entre la resaca de la celebración que se prolongó hasta la madrugada del domingo y la excitante expectativa de la reunión pactada para la tarde en la sede, en que todos esperan se resolverá el futuro de su máxima estrella. Es un momento que convoca los sueños, anhelos y frustraciones de los habitantes que viven el fútbol como su mundo más cercano y mágico a la vez.

— ¿Se volvieron locos o son unos completos ignorantes de este negocio? ¿Qué se han creído por la cresta? Un millón por un jugador de barrio que nunca ha pisado una cancha de pasto. ¿Pero se habrá visto? Ni por el “Polilla González” pagamos la mitad y ya había sido goleador en el zonal sur. ¿Están hueviando o siguen arriba de la pelota celebrando la Recopa? El presidente del Renacer sabe que debe responder a las pachotadas del dirigente metropolitano.

—Perdóneme, no le acepto que nos hable así, este es un club humilde pero respetable. El precio fue discutido en una asamblea ayer domingo. Todos, los actuales y antiguos directivos dicen que jamás se vio un jugador así en cincuenta años y que el futuro del muchacho está escrito en letras de oro. Quizás cuántos millones valdrá en tres o cuatro años. No

vemos el problema. Es un joven sano, que ya terminó el cuarto medio y más encima tiene su facha ¿Qué quiere...que le muestre en una bola de cristal cuándo llega a convertir cinco goles en la final del próximo mundial? En todo caso, no hay apuro, ya vendrá otro club por él, no cabe duda.

Pero sabe que está blufando. Bernabéu en ese mismo momento se encuentra armando la maleta, convencido de que la reunión es un mero trámite sin suponer que su destino dista mucho de estar siendo resuelto. El delegado a cargo se balancea peligrosamente en la destartada silla y refunfuña.

— ¡Qué carajo, que pérdida de tiempo! — Mirando a su socio sin protocolo alguno dice:

— ¿Viste? Te dije, otros huasos que creen que su pueblo y sus muchachos son El Dorado mismo. ¿Qué chucha hacemos? No queremos volver con las manos vacías. Viajamos únicamente por este pendejo. A ver... escuchen y que les quede bien claro, es la última oferta: Trecientos mil y equipamiento para su serie de honor por cada año en que, oremos a San Expedito, su estrellita juegue con nosotros.

El presidente observa a los otros y antes de interpretar si sus caras aprueban, se adelanta y estrecha la mano de los afuerinos.

—Mire señor, en realidad no nos interesa su dinero ni los buzos ni nada. Lo hacemos por el muchacho, no le vamos a cortar las piernas. Que sea lo que Dios quiera, tenemos trato. Vamos ahora a firmar una promesa formal porque muy elegantes serán ustedes, pero no se llevan ni al gato sino es con alguna garantía que no quedaremos como viejos gagás ante los socios.

Una antigua máquina Rémington, que casi no tiene cinta, sirve para que el secretario, jubilado del telégrafo, topee con dos dedos el acuerdo. Su lentitud es pasmosa y las equivocaciones reiteradas hacen la tensa situación aún más exasperante. El tesorero, en cuanto se asegura de que haya puesto bien los números del precio, va a la bodega y trae el mejor vino que ha quedado de la reciente celebración. Propone un brindis por la negociación, a lo que todos acceden, más por agotamiento que por estar convencidos de que han hecho un buen negocio. Finalmente estrechan sus manos y timbran el papel que en realidad no sirve de nada en términos legales, pero que para los locales es de valor sagrado, pues afirman que con ese documento se podrán defender ante cualquier eventual litigio.

—Putas, se nos hizo muy tarde y ya no encontraremos pasajes.

Obligados a quedarnos hasta mañana. Harán dos cosas por estos generosos visitantes. Vayan a buscar a su, perdón, nuestro goleador, por lo menos para ver si todavía camina y si habla español. Vamos a saludarlo y después harán lo mínimo en señal de hospitalidad. Nos van a invitar donde las chiquillas cariñosas. Hace días que no tocamos nada suave y dicen que por estos pagos hay unas chinas de buena montura.

El menor de los dirigentes locales, pero ya también un jugador sénior, corre casi a punto de un infarto las dos cuerdas que separan la sede de la

casa del muchacho. Toca la puerta y aparece la madre, quien sin decir palabra intuye a lo que viene y muestra una actitud parca como si no tuviera nada que ver, simplemente grita hacia la habitación del hijo.

—Lo buscan mi niño, venga al tiro.

El muchacho está vestido de manera informal, pero perfectamente dispuesto como si hubiese esperado toda la vida ese llamado. Ella nota la cara expectante, animada y nerviosa de su único heredero y lo despide mientras sale en compañía del mensajero.

—Que le vaya bien, que sea lo que el altísimo decida. Me quedo rogando por usted, a pesar de que no entiendo mucho.

Bernabéu no pregunta nada al dirigente en el trayecto. Él tampoco le da pistas, hacen como si ambos tuvieran la ocurrencia de que pueden transmitir sus pensamientos al otro.

Llegan a la sede y el jugador permanece en la puerta de la oficina. El presidente le pide que salude a los compradores, lo que hace con sobria amabilidad.

— ¿Cómo te llamas?

Dice el que ha llevado la batuta todo el tiempo mientras se alegra al verlo bajo el marco. Siempre se ha considerado un astuto comprador de fina sangre y este “potrillo” se dice, promete darle grandes dividendos, al menos si de lo físico se trata.

—Usted ya lo sabe porque estuvo en la final, señor.

—No pu’ cabro, no estoy hablando de tu apodo. Te aviso desde ya, habrá que botarlo antes de llegar a Santiago porque o si no te van a agarrar pal’ hueveo de una. ¿Qué pelotudez es esa de Bernabéu, a quién chucha se le ocurrió esa cagadita?

El goleador se graba las palabras de los visitantes y va formándose una idea de lo que le espera porque en su pueblo nadie se habría atrevido a tratarlo de esa manera, pero simplemente dice:

—Le daré mi nombre en cuanto me diga en qué han quedado ¿Voy a jugar o no en su club?

—Por supuesto. Ya eres propiedad del glorioso club Internacional Colonia, uno de los más populares en Chile, junto al Chuncho y el Colo.

— ¿Y cuánto voy a ganar... porque tengo que ayudar a mi mamá, por lo menos?

Los dirigentes locales reparan en que han cometido una inexcusable omisión, que no tuvieron en cuenta ese tema en el contrato. Desvían la mirada cuando el chico los interroga con los ojos, tranquilo pero inquisitivo.

—O sea aquí son todos iguales, no sólo los viejos ¿De qué mierda estás hablando? Deberías ser tú el que nos pagues por alternar en primera a tu edad y el perla quiere sueldo por aprender a jugar como corresponde. Lo que haces acá es pichanguear. Ya te vamos a mostrar la diferencia con el fútbol rentado, ya lo verás. Bien, es todo por hoy, ya no quiero hablar más de negocios ni de fútbol o reclamos. Aquí hay unos pesos más que suficientes para que compres un boleto de tren hasta Santiago. Te esperamos el jueves a las nueve en punto, en el estadio San Nicolás. No llegues atrasado porque ahí mismo se acaba la amistad. No hay segunda

oportunidad, te aseguro. Espero no haberme equivocado contigo porque no querrás verme si llega ese día.

El sentimiento paternal de Orellana lo lleva a acompañar a Bernabéu a la salida y le pregunta:

— ¿Molesto, muchacho? Hicimos todo para que resultara este acuerdo. Lo importante es que te vas a Santiago y a un club reconocido, ya verás cuando te vean jugar, te van a ofrecer un buen sueldo para que no los abandones por otro equipo. Tienes que tener paciencia y sacrificio, para los que somos de este pueblo nada sale sencillo... menos gratis.

—No se preocupe presidente, se ve cómo fueron las cosas. Ustedes no tienen nada de que disculparse, pero estos viejos son realmente prepotentes. No se sienta mal, me voy a jugar fútbol profesional, lo demás se arregla por el camino. Ahora me iré volando antes de que mi abuelo se duerma, es al primero que quiero contarle.

—Saluda a Francisco de mi parte, hace tantos años que no viene y quizás no lo sabes, pero él fue una de nuestras primeras estrellas, le decíamos "Pancho Pistola" porque disparaba al arco desde cualquier lado y siempre acertaba. Perdona que quizás te apene con esto, pero él fue un grande, luego tu tío, que en paz descanse, fue aún mejor y bueno ahora tú... Nooo, ahí ya la cosa se pegó un salto espectacular. Un abrazo, hijo. Ojalá algún día vengas con el Colonia al regional y me regales tu camiseta, con eso me puedo morir tranquilo.

Señala a punto de las lágrimas el viejo que siempre ha sido un hombre en extremo emotivo, pero además sentía a Bernabéu como un nieto adoptivo al que debía proteger de un entorno que sabía complicado y amenazante para su promisorio carrera.

Mientras camina Bernabéu piensa que tendrá que pasar por la bodega para llegar al dormitorio de su abuelo, porque a esta hora el viejo ya no abre la puerta. Ese sitio está cargado de energía negativa, pues no sólo lo asocia a la muerte de su tío, sino también a su abuela, fallecida años antes que pasaba mucho tiempo allí, haciendo tareas a las que Bernabéu asistía como espectador privilegiado.

Hace tiempo que no está en ese galpón, pero sabe perfectamente qué hace allí todos los días su abuelo que avanza rápido hacia la última estación, cargando la dura pena de las muertes que le han visitado y que se agrega al traslado de su hijo mayor, el padre de Bernabéu, al norte. A pesar de que está agotado y algo enfermo se ha negado tozudamente a dejar la casa e incluso ha espantado a cuanta mujer se ha llevado para que oficie de cuidadora y empleada. Se las ingenia para que se agoten con su actitud hostil y ensimismada que incluye no probar comida que no sea preparada por él mismo, siguiendo las recetas campesinas de su amada Clementina. Está lleno de ritos y rutinas que reitera cada día. La mayoría en un intento inerte y desesperado por devolver a la vida a sus seres amados que se han ido en trágicas circunstancias y que, por lo mismo, jura que habitan aun en la casa como espíritus sin consuelo. Antes de acostarse va hasta la leñera, ahora semi vacía, donde han quedado objetos que le traen el entrañable recuerdo de las manos de su amada

como los mantos que con lana de sus ovejas tejía la mujer, mientras colgados se encuentran las curtiembres de los animales que aprovechaba al extremo uniéndolos en perfecto ajuste hasta crear grandes alfombras. Su hijo sobreviviente tuvo la osadía de proponerle llevarse todo eso al norte y convertirlo en valioso dinero, últimamente escaso en la familia, pero el abuelo insinuó golpearlo con el bastón por la ocurrencia. Para él la vida de su esposa está impregnada en esas artesanías y no hay oro en el mundo que pueda quitarle el derecho de cuidarlas hasta con el suspiro final de su alma. Pero va más allá, lo último que hace cada noche sin fallar jamás, es encender un pequeño fogón al centro de la leñera en una ceremonia meticulosa, no tanto por el riesgo de incendio sino porque es ante todo una ofrenda de amor a sus seres perdidos. Medio tambor con doble fondo le sirve de continente y ordena los leños de una manera que él cree le asegura que el fuego dure hasta el amanecer, lo que comprueba al despertar. Nunca lo ha dicho, pero Bernabéu entiende que el pobre anciano espera así ofrecer un refugio abrigado por si una noche de esas, mientras duerme abatido por su amargura, el espíritu errante de cualquiera decidiera volver al sitio en que tantas notas de su vida resonaron y un día se fueron apagando. El joven respeta ciegamente los sentimientos de su abuelo, de hecho, muchas veces lo acompaña al cerro y lo ayuda a cortar y traer los leños de la medida precisa.

Bernabéu toma un par de palos de la pila y los pone suavemente dentro del tambor. Al instante el espacio se ilumina mágicamente y el chisporroteo en las cenizas le trae la sonrisa diáfana de su abuela, mientras oscila la callana en que tuesta el trigo hasta convertirlo en café. Siente, además, que el olor de ese brebaje penetra de nuevo en su nariz, aún más, está seguro de que permanece allí, empapado en las paredes y en el techo del galpón.

—Abuelito, ¿pero qué hace acá todavía, por qué no se ha acostado si es tan tarde? Venga, lo llevo a la pieza que tengo algo importante que contarle, ¿le preparo un matecito con azúcar quemada que tanto nos gusta?

—Un minuto, hijo, tengo que terminar de poner los leños como debe ser, ahora sí estoy seguro de que han sido bien aprovechados. Ya te contaré lo que descubrí ayer domingo, cuando tú me des la gran noticia que dices traerme. ¿Supongo que no vas a ser padre?, ¡Porque te parto el espinazo con mi bastón por degenerado!

—Brindemos, abuelito, con este mate de los dioses. Me voy a jugar fútbol a Santiago, en el Club Internacional Colonia. Mire, en esta revista que le traje hay un póster con todo el plantel, fíjese, son camisetas con franjas de diferentes colores, representan las naciones que fundaron el club con extranjeros que llegaron a Chile. Es un equipo grande abuelito, tienen estadio y campos de entrenamiento y hay varios de sus jugadores en la selección. Me tengo que ir el miércoles en la noche y era a usted al primero que quería contarle ¿qué le parece, Tatita?

—Me alegro harto de verte así, entusiasmado, espero que nunca te arrepientas. Hubiera preferido que fueras médico, abogado o profesor, no sé, el primero en la familia en ir a la universidad. Siempre tener un título

va a ser mejor, dicen. ¡Venga para acá, un abrazo, supongamos que no hay por qué preocuparse, vaya y demuéstreles a esos “pipiolos” invasores quién es el que manda!

El abuelo mencionaba así a todo grupo o persona que él desconocía y que por lo mismo le atribuía rasgos liberales y extravagantes ajenos a su ideario nacionalista y conservador el cual defendía a ultranza, ya fuese en pijama frente a su joven nieto. Si eran forasteros y se habían venido de su país, nada bueno deben haber hecho allá, pensaba y, por tanto, son sospechosos de no compartir los valores de la familia, la patria y el trabajo. Había que subyugarlos a como diera lugar.

—Mi niño...ahora yo tengo un secreto que contarte, también me siento contento como hace mucho tiempo no sucedía. Ella estuvo aquí el domingo de madrugada y encontré sus rastros, por más que trató de ocultarlos.

— ¿De quién habla abuelito, ¿quién estuvo aquí, no lo entiendo?

—Tu abuela, mi niño, mi amada Clementina, ¿quién otra, pajarito? Sabía que un día iba a suceder, lo sabía. ¿Te cuento? Los espíritus no son fríos como dicen, no. Son tibiecitos, igual que cuando tu abuelita, en pleno invierno, en esta misma cama, me calentaba los pies con los suyos como un brasero. Ella se acostó en sus mantas y cuando fui temprano a revisar, como todos los días, ya no estaba y había guardado todo, pero me di cuenta, porque yo me aprendí el orden de los telares y ella no, la pillé por distraída. ¡Desde joven era igual! Además, las cobijas aún tenían un poquito del calor de su presencia. ¡Ella durmió acá, mi niño! Esta casa sigue siendo su casa, ahora todo está bien para mí, ya no tendré pena nunca más, sólo quiero esperar a que regrese o que nos abracemos juntos para siempre el día que yo también me vaya al cielo. Ojalá pueda decirme dónde anda tu tío Bernardo para contarle lo grande y fuerte que estás. Te amaba más que a nadie y se merece saber que vas derecho a cumplir una meta que estoy seguro también tenía, pero se quedó atascado en la partida.

— ¿En serio abuelito? ¡No le puedo creer! y qué bueno que me haya contado, porque ahora me voy mucho más tranquilo de saber que no se queda tan huraño como ha estado pu’, viejito porfiado.

—A ver, a ver, no te pases de la raya que todavía guardo el rebenque con el que me frisqueaba a tu padre y a Bernardo. No se me he olvidado cómo darle unos buenos correazos a un mocoso irrespetuoso.

El anciano le agarra la cabeza y le da un suave coscorrón en señal de despedida y graciosa advertencia, consciente de que quizás sea la última vez que lo vea.